

ajeno el 'humor negro' como en este breve pero perturbador poema: "El tiempo más feliz/ de mi vida/ duró nueve meses/ y nada recuerdo/ será por eso". Esta obligación de trascenderse desde el primer indicio de vida, se religa con ésta dentro de una tesis freudiana pese a la angustia que la conduce. El apego a la vida se traduce en estos versos de "Morir": "No quiero/ morir/ a tiempo/ prefiero morir/ atrasada".

Por otra parte la estructura que sostiene esta poesía va más allá del entramado lingüístico y envuelve una situación ética y ontológica que el poeta resuelve por medio de un proceso que multiplica sus acepciones, como en el poema "Paraíso de leyendas": "Adán/ culpó a Eva/ Eva a la serpiente/ la serpiente/ se quedó callada/ y Eva fue culpada/ por siglos de creyentes/ en serpientes".

ANTONIO CAMPAÑA

<https://doi.org/10.29393/At463-30CJAC10030>

EL CORAZON Y SU JAULA

De Raúl González Figueroa

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1991.

Hay una línea de Kafka que recuerdo al revisar *El corazón y su jaula*, este inquietante libro de Raúl González Figueroa: "Me consideraría feliz si pudiera calmar mis conflictos interiores". Esta frase nos enlaza directamente con el primer poema del libro y nos da las claves de todo su poetizar: "Transfiguración en el templo". González Figueroa se ve a sí mismo rodeado de soledad y la sustenta en su poesía como si en ella estuviese en un templo. Algo griego, diríamos, se observa en este poema. El acto lírico es sacralizado, se convierte en un aposento para depositar la angustia y demolerla. Pero no es ésta, como pudiera entenderse, una sacralización del ser sino una constatación de que existen, al mismo tiempo, otros lugares para reafirmar su constitución, la cual el hombre sospecha y de la que quiere interiorizarse. Es en este sitio, es en este templo, donde el lírico entiende que "comienza la fiesta de los ojos y del corazón".

La noche es otro elemento que se vigoriza en su poesía. En "Descifrando la noche" el poeta pretende clarificar sus modos de apresamiento "porque es en la noche cuando regresa lo que estaba perdido". Va, pues, tras un intento supremo: ver lo que se oculta dentro de ella para salvarse de sus tribulaciones, de la angustia que lo horada. Pero entre toda esta desolación que observa y que siente, González Figueroa vuelve sus ojos hacia el ser querido en "Del hijo a la madre". Es una elegía, una alabanza plástica del amor materno en el que toma conocimiento de lo que es y de todo lo que está palpitando entre los meandros de su ser. Sin embargo, el amor se desata en otros fines que giran dentro de la vida. En "Ultimo recuerdo" está reflejado como intensificación de un designio.

Ello es más que alusión: es una veracidad dramática que va cobrando vida propia en cada verso: “Tu muerte/ ha dejado de existir”, nos dice.

En “Collage” el autor suelta todo cuanto no puede callar. Es un poema que nos expresa circunstancias plúmbeas y aéreas, en el que se contempla dividido entre la realidad y la alucinación (o realidad más profunda), la cual, al igual que todos, no ve pero que sabe que siempre está ahí como una vieja costumbre: “En este instante/ no podría recorrer mi cuerpo/ no podría encontrar ni mi propio vacío/ porque un túnel sin fin es mi cuerpo”. En “Himno mágico” este despertar de interrogantes sigue subsistiendo: “Todo es posible cuando la ausencia/ es la sombra desprendida/ de tu cuerpo/ en mi cuerpo”. Es el amor el que produce el encadenamiento mágico, la andanada invisible que se descarga por dentro del cuerpo en complicidad con la memoria, la reina de la metamorfosis.

El viejo mito a que el hombre apela para saber que existe o para cerciorarse qué es lo que otros ven en él, da paso al poema “Mi hermano espejo”. Aquí el soliloquio adquiere tonos que revierten angustias porque aun cuando el espejo le entrega formas, ¿puede acaso mostrarle las profundidades que oculta su corazón? El poeta se sobrecoge ante estas interrogantes y nos dice: “Entre la noche/ y yo/ está mi espejo mi hermano espejo/ por donde entran y salen mis días/ y mis ángeles/ por donde mi corazón/ desaparece/ como pájaro huyendo de su jaula”.

La situación del hombre que es capaz de verse por dentro está explicitada en “Canto interior”. El ambiente creado tiene rasgos originales ya que no es sólo el retrato de quien mira su imagen. Es lógico así que un ser que se analiza, que intenta llegar a su cámara central, acuda a las experiencias freudianas y a las píldoras de Jung. Pero no tan simplemente como se cree. El poeta ha sido puesto en el mundo para crear y derribar mitos: es una función de la que no puede escapar y, por tanto, todo en él es conjetural. El cultivo de una poesía que va más allá del alrededor, le permite asomarse a profundidades al parecer vedadas, mirar hacia los abismos, a las figuras y las cosas, pero también a la luz que emana desde sí mismo en su choque con la vida: “Invento la llave/ que no encuentro para salirme de mí”.

“Vivir un día es devolver al tiempo un día de nuestra vida”. Este título engarza con un verso clave: “Despertar es echar a volar las abejas de la memoria?” Pero, ¿qué es un día de vida en una vida? Es esta una pregunta sustancial por la cual el ser admite los designios del tiempo, por cuyo intermedio se da cuenta que es muy poco -o casi nada- lo que puede hacer para aliviar la tensión inevitable de su penuria. De ahí que el hombre se eche a soñar y amar para soportar esta suspensión a que está determinado, para recoger su vanidad o protegerse encerrándose en la soledad. Es en este largo poema en el que, por momentos, parece que hallamos una más nítida explicación de la poética de González Figuroa. Aquel apoyo que pretende y al cual no alcanza, esa suprema sustentación que lo proteja de la angustia y lo conduzca a la seguridad que aspira. “Significación de las palabras” es otro hermoso canto en el cual el autor pretende

descontaminar las palabras de sus amaneramientos fútiles. En su intento por definir las, trata de darles un nuevo orden, sacarlas de una lingüística sin plumas. No vemos en ello una aproximación a aquella definición de Sartre quien pensaba que los poetas ven las palabras *al revés*, lo que nunca ha sido tal, ni antes ni ahora. Lo que sucede es que el poeta toma las palabras no sólo por lo que definen sino por lo que pueden llegar a significar o actuar para lo que tal vez fueron creadas, ser lo que realmente son: una umbilicalidad que va más allá de la letra, que mezcladas entre sí por ordenaciones originales son capaces de procurarnos aquellas verdades que nacen de los estremecimientos humanos. De allí que el poeta nos señale: “Palabra, lámpara con la que me ilumino/ por dentro y por fuera”.

“El silencio” es otro texto logrado, en el cual el autor habla al “dios de los sordos/ y de los ciegos” para que lo libere de los fantasmas que el sueño crea dentro de él. Hay en este sueño, junto a los versos de “Persistencia de la ausencia”, dos instancias de una certidumbre que descienden sobre el espíritu. Es por ello -y por otros fundamentos que no mencionamos- por lo que el poeta, dueño de sus coordinaciones interiores, conoce los verdaderos gérmenes de la ausencia, de su carga inevitable que lo conduce finalmente a la vigilia y a la angustia. Crujen sus defensas, cavan más a fondo todas las inquietudes, porque “la ausencia nunca corta el cordón/ que nos amarra a nuestro propio pasado”.

Es que todo este arte poético de González Figueroa es un suceso que nace y crece por dentro de él y que desemboca en conflicto. El poeta hace todo lo posible por obturar la realidad cotidiana, esa costumbre o hábito de resguardarse entre las leyes exteriores pues entiende que éstas, al manifestarse separadas, alejan al hombre de sus preocupaciones mayores. El vivir hacia afuera se sostiene en hechos y lenguajes diferentes del vivir hacia dentro. Esto para él conduce a la absurdidad y escribe su poema “Desde adentro” en el que dice: “acostumbramos vivir hacia afuera/ hacia otras vidas/ Si nos detenemos/ nos daremos cuenta que caminamos tan lejos de nosotros”.

Un relevante libro es este de Raúl González Figueroa de principio a fin.

ANTONIO CAMPAÑA